

Proyecto de país y progresismo

La diferencia política clave en las actuales circunstancias no es otra que o más neoliberalismo o más Proyecto de País.

Es un dato de la causa: Chile ha dado un brinco encomiable en la última década en todo orden de cosas, tanto en materias políticas e institucionales como económicas y sociales, y, más ampliamente, en materias culturales, con crecientes grados de libertad y de aceptación de la diversidad. Más allá de las interpretaciones que esto pueda originar, estamos ante hechos innegables. Los datos del último censo están ahí, así como los informes sobre Desarrollo Humano realizados por el PNUD. Si el mérito de ello recae en el país en su conjunto - aquí no caben apropiaciones mezquinas- , se entenderá también que a los gobiernos de la Concertación les cabe un mérito especial, pues son ellos los que han dirigido el país en el período en cuestión.

Dicho esto, surgen inmediatamente varios "peros". Menciono telegráficamente tres. Uno: en medio de este brinco ha ido incubándose en un alto porcentaje de la población un sentimiento de falta de identificación con "el modelo", con la consecuente crisis de sentido y de la acción colectiva (lo que el PNUD ha llamado "el malestar"). Dos: los escándalos que han involucrado a miembros de la clase dirigente - políticos, empresarios, académicos, curas y militares- han sembrado dudas sobre la probidad de nuestras elites, y, tres: se terminaron a nivel mundial la bonanza económica y la paz política de los '90.

Más allá de los datos, ¿qué ha ocurrido? Lo que ha pasado en el mundo (y en Chile como parte de él) puede resumirse en el avance de la globalización - económica, política, comunicacional- y el simultáneo despertar de demandas locales e identitarias. No es posible detenernos aquí en las ambivalencias de este proceso y en especial en las complejas imbricaciones entre lo "interno" y lo "externo". Baste por ahora vislumbrar la amplitud de lo que se avecina.

Todo lo anterior pone en evidencia la necesidad de concentrar nuestros esfuerzos en replantearnos lo que hoy incipientemente llamamos "Proyecto País".

Pensar el país como proyecto no significa, sin embargo, como tan a menudo se deja entrever, poner el énfasis en una visión tecnocrática de reingeniería de futuro, sino antes bien en calibrar cómo ya Chile viene siendo "proyectado" (históricamente), así como evaluar qué aspiraciones compartidas es posible alcanzar en plazos determinados a partir de la energía de nuestras "mejores" tradiciones y, a la vez, de una decidida interrupción de las "peores"; entre estas últimas, especialmente el extremo centralismo, las enormes desigualdades sociales y nuestra hostigosa homogeneidad cultural.

En términos de aspiraciones, para decirlo rápidamente, un proyecto a la altura de los actuales desafíos habrá de responder al menos las siguientes cuatro interrogantes. Políticamente: ¿cómo avanzamos hacia un "doble regionalismo": a nivel latinoamericano, en primer lugar, para insertarnos con algún grado de soberanía en la globalización, y regionalismo a nivel intrapaís, a fin de acercar las decisiones a la

gente y compaginar desarrollo con identidades locales? Económicamente: ¿cómo avanzamos hacia una estrategia de desarrollo duradero, más allá del simple funcionamiento de los mercados y del papel subsidiario del Estado? Socialmente: ¿cómo avanzamos hacia un énfasis en las políticas de equidad, de cohesión social y de fortalecimiento de la sociedad civil? Y culturalmente: ¿cómo avanzamos hacia un renovado compromiso con los derechos humanos y hacia una revalorización de las identificaciones locales y regionales, en medio de una sociedad cada vez más tecnológicamente mediatizada?

El progresismo, tanto en el sentido específico que ha conocido el término en los últimos años como en su sentido amplio, sólo se repondrá de su actual aturdimiento si logra responder estas preguntas de manera contundente. ¿Tiene alguna "ventaja competitiva" para ello? Al menos dos. Por una parte, a diferencia del neoliberalismo, obnubilado con el automatismo del mercado y la privatización de la sociedad, los sectores progresistas siempre hemos valorado la acción pública como espacio de articulación de proyectos colectivos. Por otra, la experiencia de la pérdida de la democracia el 73 y especialmente el largo exilio que sufrieron cientos de miles de compatriotas terminaron por tumbar las opciones clasistas y, sin desmedro de impulsar la equidad, llevándonos a priorizar al país en su conjunto a la hora de apostar y actuar. En suma, la diferencia política clave en las actuales circunstancias no es otra que o más neoliberalismo o más Proyecto de País.